



## El viaje.

El inmenso barco apenas se mueve. A no ser por la palpitación lejana de las máquinas, en los salones del centro ni siquiera se daría uno cuenta de que está en el mar. Por una absurda fantasía, los arquitectos navales se proponen, desde hace algunos años, hacer olvidar á los que se embarcan que se han embarcado. Nada de lo que constituye la antigua forma marina se descubre en los bien llamados palacios flotantes. El famoso comedor de *Des Esseintes*, con sus ventanillas redondas y su techo bajo, con sus maderas lucientes y su olor de brea, hay que buscarlo ahora en aguas de segunda clase, allá muy lejos, en el Pacífico ó en el océano Indico; pero no en rutas de lujo, como

esta que va de París á Buenos Aires, ni como la otra que va de Nueva York á Londres. Aquí, en efecto, comemos entre columnatas de mármol, bajo altísimos artesonados. Por todas partes se encuentran muebles que nada parecen temer del desorden de los rudos oleajes. Amplias mamparas de cristal ponen en comunicación los salones de música con los salones de lectura, los jardines de invierno, pavimentados de mosaico, con las galerías artísticas, llenas de objetos preciosos. Y todo es tan amplio, todo produce un efecto tan absoluto de calma, de quietud, de seguridad, que al cabo de poco tiempo llega uno á perder el recuerdo de que se halla en el mar, y de pronto, al percibir en ciertos instantes el movimiento, experimenta extrañas sensaciones de cuento fantástico y se figura que está en un edificio que anda...

\*

Que todo esto contribuya al confort y hasta al placer de los viajes modernos nadie puede negarlo. Ir en un trasatlántico de 200 metros de largo, y en el cual hay cafés, res-

taurants, bazares, salas de juego, salas de concierto y salas de baile, y hasta un periódico, es casi continuar la vida que se lleva en una playa, entre el Hotel-Palace y el Palace-Casino. Todo lo que sirve para hacer pasar el tiempo y para halagar la vanidad se encuentra á bordo lo mismo que en tierra. La cena es una ceremonia suntuosa, durante la cual las damas ostentan cada noche un nuevo traje. El *smoking* es de rigor para los hombres. Una orquesta pone á los manjares la indispensable salsa de valsos lentos. Después de la cena, el sarao comienza. Así, cuando los pasajeros se separan, á eso de media noche, piensan, llenos de regocijo, que el tiempo corre para ellos con una rapidez de muchas millas por hora.

\*

Y, sin embargo, yo no sé si esta navegación de lujo, esta vida de perpetua fiesta, este quieto y magnífico existir entre músicas y flores, entre *flirteos* y bailes, entre banquetes y conciertos, puede considerarse como más agradable que las antiguas y lentas na-

vegaciones, durante las cuales hasta los menos aficionados á meditar y á sentir acababan por darse cuenta de la belleza de la contemplación. ¿Dónde están, en efecto, en las actuales travesías del Atlántico, las dulces horas silenciosas de los viajes de antaño? Cuatro días hace que hemos pasado la línea del Ecuador, y entre los numerosos compañeros que nunca han visto este hemisferio no hay uno solo, así, literalmente, ni uno, que haya mostrado un interés de curiosidad por contemplar las prestigiosas constelaciones del Sur. ¡Buenos están todos para pensar, cual los argonautas de Heredia, en que surgen *du fond de l'Océan des étoiles nouvelles!*...

La arquitectura misma del barco nuevo, en su previsoramente tutela de confort (1), ha suprimido, como perfectamente inútiles, los lugares que antes servían para mirar el cenit, y los ha reemplazado con restaurants á la carta, servidos por Ritz, ó con galerías de *five-ó-cloc*, á cargo de Rumpelmeyer, ó con salas de gimnasia para las damas que temen engordar. Y es que, sin exagerar, ¿á qué

(1) Este capítulo está escrito á bordo del *Reina Victoria Eugenia*, de la Transatlántica Española.

hora vamos á entretenernos en esas mudas contemplaciones celestes?... El día lo pasamos ocupados en charlas que, no por ser tan filosóficas cual las del famoso viaje que Ferrero relata en su admirable libro titulado *Entre dos mundos*, carecen de interés ó de profundidad. Desde por la mañana hasta por la tarde hay para cada hora un empleo *chic*, muy *chic*. Y lo que es por la noche, después de la cena, en los divinos instantes en que las estrellas llenan de puntos luminosos el espacio, ¿cómo queréis que vayamos á exponernos á las corrientes de aire de proa vestidos, nosotros, de *smoking*, vestidas nuestras compañeras con trajes descotados? El tango que toca la orquesta bastaría, por lo demás, para quitarnos la tentación de abandonar los grandes salones.

De lo que se trata—dicen hombres y mujeres—es de no aburrirnos.

\*

Nadie se aburre, en efecto. El más nuevo de los grandes juguetes, la telegrafía sin hilos, nos tiene, hora por hora, al corriente de lo que pasa. Sabemos que Belmonte es-

tuvo admirable en la corrida del domingo, que Jaurés pronunció un discurso soberbio el lunes y que el consolidado inglés bajó un décimo el martes. El periódico de á bordo nos lo dice todo. Porque, hoy por hoy, el mar, el vasto mar, es un país de ciudades flotantes en el cual cada tarde y cada mañana algún barco que acaba de comunicar con un puerto nos envía las noticias necesarias para que no ignoremos lo que sucede en el mundo. ¿Cómo no extasiarnos y cómo no admirar?... Desde su camarote, un banquero puede continuar, durante la travesía, sus operaciones de Bolsa. Dos ó tres hay á bordo que reciben á cada instante largos despachos que nadie ve. También Fernando Díaz de Mendoza, el comediante gran señor, tiene, día por día, una crónica artística que le viene desde Madrid por el aire, de antena en antena, y que pasa luego de mano en mano. Hasta lo que produjo anoche la representación de *L'Aigrette*, en la Princesa, sabemos. Y con esto, y con las mil distracciones de nuestra existencia de playa lujosa, y con la atmósfera de elegante coquetería y de suave intriga que se respira en todo gran hotel, y con la alegre puerilidad que se apodera

aquí de las almas, tenemos lo bastante para divertirnos sin cesar.

\*

¡Ojalá nos divirtiéramos algo menos!... ¡Ojalá tuviéramos un poco menos de tranquilidad de espíritu!... ¡Ojalá pudiéramos sentir esos dos sublimes factores de la poesía de los antiguos periplos que se llamaron la inquietud y el aburrimiento!... ¡Pero vaya usted á experimentar la menor sensación de temor en uno de estos formidables castillos, que parecen más insubmersibles que las rocas de las islas! Con sólo leer los prospectos en que las Compañías navieras anuncian sus magníficos leviatanes, basta para tener una confianza absoluta. Y si alguien, haciéndose pájaro de mal agüero, dice el nombre del *Titanic*, no falta quien le conteste en el acto, con tono desdeñoso, que la ciencia moderna ha hecho más difícil una catástrofe que un cataclismo.

\*

Pero es el aburrimiento, el divino y fecundo aburrimiento, el que más falta hace en las travesías para embellecerlas. Todo lo

que debemos de poesía, de imágenes y de evocaciones á los hombres que navegaron antaño por estos mares y á los que aun navegan por otros mares menos elegantes, se encuentra en el aburrimiento. Aburriéndose, buscan los hombres los celajes, las estrellas y los ensueños. Aburriéndose, evocan la dulce imagen de una Penélope que se queda siempre en alguna Itaca ideal. Aburriéndose, aburriéndose mucho, se llega hasta á los sublimes monólogos, de los cuales surgen, fantásticos y grandiosos, los ensueños, los sistemas, las imágenes. Mas aquí, ¿quién puede aburrirse? Y sin aburrirse, nadie se vuelve hacia sí mismo para sondear su alma, que es una hermana procelosa del Océano...

\*

El único momento en que la gente suele acordarse en nuestro magnífico palacio flotante de que hay mar y cielo es en los breves instantes del crepúsculo austral. En la penumbra, á la hora misteriosa y fugaz en que todo calla, en que todo medita, en que todo sueña, las sensaciones de nostalgia parecen invadir hasta las almas de los que apenas

tienen alma. Los mismos viajeros de comercio, y los jugadores de *poker*, y los galanes de las damas millonarias, dejan unos minutos sus músicas, sus galanteos, sus risas y sus cálculos para asomarse al mirador que da al Poniente y sentir, sin darse cuenta de ello, que existe una cosa deliciosa, casi divina, que se llama melancolía. Entonces los rostros más vulgares se ennoblecen. Entonces las mujeres jóvenes, quietas y misteriosas cual esfinges, abren los ojos sin coquetería, y, haciendo como que miran los celajes lejanos, se entregan á una intensa contemplación interior. No hay coqueterías, no hay ilusiones en tales ratos. No hay mas que recuerdos, no hay mas que fantasmas, no hay mas que remordimientos. La más cruel, al llegar las crisis, tiene para sus imágenes atormentadas un poco de dulzura religiosa. Ahora mismo, al lado del velador en que escribo, una delicada imagen hace pensar en una alegoría de la nostalgia pintada por un artista picaresco del siglo XVIII. Es una rubia de grandes ojos de ámbar y de labios de esmalte. Hay en ella algo de muñeca, algo de ídolo y algo de flor y joya. Dos enormes

pendientes de esmeraldas acarician sus mejillas blancas. Sus trajes son poemas de invenciones grotescas y encantadoras. ¿Es una española? No lo creo. Es más bien una parisiense, quizás una vienesa, en todo caso un sér acostumbrado á reír, á *flirtear*, tal vez á algo peor. En los nueve días que llevamos á bordo ha cambiado ya treinta veces de *toilettes*. Los jóvenes argentinos la rēspiran con voluptuosidades indiscretas, mientras ella, sintiendo el poder de su gracia, entorna los párpados y se pasa por los labios la puntita deliciosa de la lengua. En todas partes se la encuentra, examinándolo todo, sonriendo de todo, tomando posesión de todo. La gente grave que la ve murmura frases en las cuales las palabras «ligereza» y «frivolidad» abundan. Ligera y frívola, eso es ella, en efecto. Eso es desde que se levanta hasta que se acuesta. Pero á esta hora ella misma se ha quedado hoy quieta, ella misma ha dejado de sonreír, ella misma ha abierto los bellos ojos ante el infinito, ella misma ha permitido que en su frente se refleje la penumbra de la dulce melancolía evocadora y patética.

Y es que este instante, que en el hemisferio Sur tiene la rapidez de un espejismo, es el del Avemaría de la gran religión del sentimiento.

\*

Fuera de tales minutos, lo último que aun nos queda de tradicional en los viajes actuales es el poder constructor que nos permite formarnos, en las dos semanas que pasamos sobre las tablas de los puentes, un universo nuevo y una familia improvisada. Riendo, bailando, *flirteando*, charlando, llegamos poco á poco á crearnos, lejos de todo lo que dejamos en nuestra patria, un grupo de amigos, á los cuales les encontramos, por un milagro que no dura sino lo que duran las travesías, virtudes y encantos extraordinarios, y á veces también un grupo de amigas en las cuales descubrimos bellezas infinitas. ¡Ah! ¡Las aventuras galantes de á bordo!... ¡Ah! ¡Las rápidas cristalizaciones que ningún Stendhal ha analizado aún!... ¡Ah! ¡Los entusiasmos, las esperanzas, los propósitos locos!... ¡Ah! ¡Las ídolas rubias que nos parecen sonreír seráficamente y que

nos atormentan el alma sin saberlo, sin quererlo y, lo que es peor, sin creerlo!...

Un amigo que va y viene á menudo del Plata al Sena decíame anoche:

—Cuando uno ha pasado una semana en un barco, ya no tiene una noción estética exacta. Las mujeres más vulgares le parecen diosas. Yo he estado á punto de enamorarme diez veces, y siempre de damas que en Buenos Aires no me habrían parecido merecer ni un piropo. Por eso al desembarcar nos sentimos tan tristes.

¿Es cierto esto último?

No lo sé y no quiero creerlo. Pero de lo que sí estoy seguro es de que hay en los últimos momentos de todo viaje por mar la tristeza que produce una familia al dispersarse.

\*

Hay también en el angustioso estado de alma de los instantes que preceden al desembarque un poco de miedo de la vida, del trabajo y de la actividad. Durante dos semanas nada serio nos ha preocupado. De las agitaciones del mundo sólo lo agradable ha llegado hasta nosotros. Lo que repre-

senta la gran palpitación de la existencia casi la hemos olvidado. Y he aquí que, de pronto, la perspectiva de que el dulce nirvana en que vivimos va á terminar nos hace ver amontonados en un haz amenazador los motivos de inquietud que representa la vida de los hombres en general. «¿Qué noticias personales nos esperan?», nos preguntamos. Y, como antes de romper el sobre de ciertas cartas que nos parecen portadoras de catástrofes, nos detenemos un punto, turbados, y tardamos algo en poner el pie fuera del camarote...